

de la terraza, escuchando las notas del piano de Marta, que estaba encerrada en sus habitaciones, y conmoviéndole aún el recuerdo de la entrevista celebrada con Elena.

Para distraerse salió de los parterres y se internó en el parque.

¿Era sincera Elena y le amaba realmente con tanta pasión? Creyó Jorge que no había nacido para inspirar tanto amor, porque su carácter era demasiado poco alegre y caballeresca su actitud, y si tan vulgar como un pintorzuelo y alegre como un colegial. ¿A qué obedecía aquella repentina explosión de violencia y de celos?

Estas eran otras tantas preguntas que inquietaban á Jorge.

Echóse sobre la seca hierba y se abismó en la contemplación del horizonte en que se veían las purpúreas tintas de los últimos fulgores del astro del día.

¡Cuánto tiempo permaneció Jorge tendido allí entregado á sus cavilaciones y creyendo ver en sueños unas veces la casta y angelical cabeza de Marta y otras el rostro franco y leal de Rosa Godin ó la mirada llena de fogosa pasión de Elena de Restaud! Ni él mismo hubiera podido decirlo, y sólo un ruido de pasos que se aproximaba fue lo que le distrajo de sus meditaciones. Levantó la cabeza para enterarse de quién andaba por allí á aquellas horas y esperó.

## XIV

Oprimiósele el corazón al contemplar el aspecto de las sombras que á él se acercaban indecisas en medio de la obscuridad que iba en aumento por momentos bajo la bóveda formada por el follaje.

Sin gran trabajo reconoció en una de ellas por su talle esbelto y apostura, á su madre. ¿Qué hacia á semejante hora acompañada de un hombre en las soledades del parque? ¿Quién era su acompañante?

La persona que acompañaba á la Condesa era el duque de Rouévres, que á la cuenta volvió sus pasos, y ese alejamiento fingido con los demás convidados obedecía sin duda á una extratagema convenida de antemano.

Encogióse Jorge como un gato entre las malezas y hierbajos que crecían entre los árboles del bosquecillo y que con sus frondosas copas impedían el paso de los últimos fulgores del crepúsculo vespertino que ya se confundían con el de las estrellas.

El grupo se detuvo á pocos pasos de Jorge de Kerhoët.

—Gracias á Dios,—empezó á decir el Duque,—que nos hallamos á solas, ¿seguiréis siendo tan intratable como siempre?

—Siempre.

—¿No me perdonáis?

—Jamás.

—Entonces será preciso que me resigne,— contestó filosóficamente,— y aparte de todo, tomé mi partido desde que me tratáis con tanto rigor, ¡hace veinte años!

Entretúvose al dar esta contestación en trazar en el aire con su bastón un caprichoso arabesco que quería significar:

—¡Ahí tenéis una ridícula obstinación!

Con más viveza que anteriormente apresuróse á añadir:

—¡Pues bien, no me resigno! Me preguntásteis por qué tenía tantos deseos de hablaros y por qué os perseguía en el retiro en que os condenasteis huyendo de mí, y voy á deciroslo: Deseo que tengamos una explicación que sea definitiva. Va á volver el Almirante, que debe instalarse en París, renunciando de una vez á sus viajes, á lo menos ese es el rumor que circula por todas partes, y hagamos que nuestra situación se defina con claridad. Sin contar con que no se trata solo de mí, sino de una tercera persona.

—¿Qué es lo que queréis decir?

—Vais á saberlo.

Hizo el Duque que la señora de Kerhoët se sentase en un banco inmediato que se destacaba sobre el fondo oscuro de la noche.

—¡Tened cuidado, que pueden oírnos!— murmuró Valentina.

—¡Eh! ¿Y quién demonios queréis que ande por aquí á estas horas?

—¡Hablad!— dijo la Condesa con acento breve.

—¿Convenís en que me odiáis?

—¡Con toda mi alma!

—Ahí tenéis una exclamación que sale de lo más íntimo de vuestro sér.

—Y no solo os odio, sino que además os desprecio.

—¡Ah!

El Duque estaba muy tranquilo, quizás sonreía en aquellos momentos, y en el tono de su voz adivinábase que las injurias de la Condesa no le afectaban en lo más mínimo.

—Me odiáis y despreciáis,— contestó con acento burlón y desdeñoso.—¿Por ventura tenéis razón al hacerlo? Ese odio y esa aversión no deben contribuir al fin y á la postre á divertirme. ¡Reflexionadlo bien! ¿Cuál fue mi crimen? Estabais sola en el gran París en el que la soledad y el abandono son tan pesados, que se puede creer gravita sobre ellos el peso del placer de la muchedumbre que se divierte á nuestro lado, y en ese caso el aburrimiento es mortal para una mujer joven y bonita destinada á oír adulación y galanterías. Erais muy hermosa, rica, divina, y el Capitán de fragata, al que encadenasteis vuestro destino, ese insensato marino, al que adorabais, os dejó abandonada obrando como un necio, un tonto ó un ciego, ¡palabra de honor! Al observar esa conducta de vuestro esposo cualquiera la habría comparado con la de un hombre que estando en posesión de una mina inagotable de bri-

llantes se echase á correr por el mundo para recoger en los antipodas unos cuantos guijarros sin valor alguno; en aquella época erais, y lo sois aún, encantadora, sí, Valentina, esa es la verdad.

—Menos palabras, y al hecho.

—No vayáis tan de prisa; esta entrevista, á pesar de vuestra cólera, es para mí de lo más agradable.

Acercóse el Duque á Valentina y quiso cogerla una mano, que la Condesa retiró con violencia.

—Valentina...—dijo con acento suplicante.

—Aquí no hay Valentina ni para vos ni para nadie, no soy más que la señora de Kerhoët.

El Duque no pudo contener una burlona exclamación.

—¡Oh! ¡Por tan poca cosa!

La cólera de la Condesa estalló y su odio se desbordó en un arranque de indignación.

—Por haberos cruzado en mi camino soy desgraciada,—dijo,—era dichosa, honrada y todos me respetaban; mi marido me adoraba y estaba orgullosa de él, idolatrándole como vos mismo me dijisteis, y os presentasteis vos, el tentador, el vago, el miserable, cuyo único pasatiempo consiste en corromper, ajar y deshorrar, y me aturdisteis con vuestros sofismas, y engañada con vuestros embustes... Tendisteis una emboscada á mi estúpida credulidad, y acechasteis con paciencia la hora en que la debilidad, la en-

fermedad ó la fiebre me entregasen á vos, y un día de mortal aburrimiento, y bajo un pretexto que era una mentira, creo que para visitar una exposición de pinturas, me llevasteis á una casa destinada á vuestras locuras y en la que os gastabais vuestra fortuna consumiéndola en vergonzosas orgías. ¡Ah! ¡Qué castigo más cruel fue el que sufrió mi curiosidad! Una vez encerrada allí me amenazasteis con llamar á vuestros criados y dar un escándalo para hacerme perder mi reputación; tuve miedo y no sé aún qué vértigo se apoderó de mí. Conseguisteis lo que os proponíais, vuestro plan salió, y podíais en adelante contar con una víctima más; y para que veais lo que son las cosas, comprendí perfectamente y me explico las faltas que se cometen, vencida la mujer por un amor tiránico, irresistible, que extravía y obceca la razón; pero no esa cobarde hazaña de un miserable ocioso, de un libertino que apela á ese arte indigno de la seducción y pierde á una mujer llevando la desgracia á su hogar...

—¡Ah! ¡Condesa, por Dios, no digáis vulgaridades!...

—Sí, al hogar,—repitió la señora condesa de Kerhoët,—es decir, á una unión honrada y feliz de dos seres que viven juntos estimándose y sosteniéndose mutuamente sin grandes y estruendosas dichas; pero al menos sin violentas sacudidas y sin tempestad, y cuyos intereses, alegrías y penas son los mismos, debiéndose el uno al otro el ho-

nor que enaltece, el cariño que embellece sus existencias. No me quejo ni tengo derecho á hacerlo, ni trato siquiera de excusarme, sino que sufro en silencio la pena merecida por mi locura, tuve fe en vuestro honor creyendo lo teniáis y me equivoqué pagando ahora la pena. Sois de esos hombres para los que no hay nada sagrado, y por vuestra culpa no soy ni esposa ni madre, pues no tengo derecho á abrazar á la criatura que debe la vida á esa falta estúpida, á esa cobardía de un momento.

—¿En dónde está?

—¿Qué os importa su paradero á vos que no tenéis cariño á nada?

—¿Y si me empeñase en saberlo?

—¡Extraño empeño después de pasar tantos años en la más completa indiferencia!

—Suponed que lo exijo.

—Seguiría callándome á pesar de todo. La guardo en un lugar del que estoy segura que nadie la arrancará.

—Como gustéis, pero creo que exageráis el peligro y el daño.

—¡Exagerar el daño causado!—exclamó con profunda amargura la Condesa.—¡Como si aún fuese poco!

—Sois mujer y como tal nerviosa, y fácilmente os dejáis arrastrar por vuestros arranques. ¡Calmáos, amiga mía! Reflexionad, y estad segura de que el Almirante no sabe nada.

—¡Lo sabe todo!

—¡La prueba! ¡Venga esa prueba!

—¿Acaso la necesito? Desde el momento en que cometí esa falta se operó en él un cambio notable, y esto lo sabéis perfectamente. Ni un solo momento dejó de tratarme con todos los miramientos á que me tenía acostumbrada, y así salvó el honor á los ojos de la sociedad. ¡Ah! ¡Y me preguntáis si tengo pruebas! ¡Qué más pruebas queréis que mi vida durante esos veinte años! ¡Esa es la mas terrible y abrumadora de todas!

—Si lo sabe todo, ¿cómo es que no buscó una ocasión para provocarme?

—Ignora que sois mi cómplice; nadie más que nosotros dos poseemos ese secreto, y esa ignorancia es la que os salvó...

—¡De un desafío! ¡Bah! No me asustan ni asustaron nunca.

—Habriais sido capaz de matarle, ¡ah! me inspiráis horror!

—¡Palabrería! Sois mujer y tengo por necesidad que escuchar cuanto se os antoje decirme; y después de todo, ¿qué culpa tengo de que ese intrépido navegante os abandonase durante meses y años enteros para satisfacer su pasión dominante por los viajes? Cuando se posee un tesoro no se expone en medio de la calle á la disposición de cuantos puedan verlo, sino que por el contrario, se guarda bien escondido. Creedme, amiga mía, sois aún muy joven y hermosa; sed, pues, feliz, y no os quejéis de vuestra suerte ya que vuestro destino os permite gozar de tantos privilegios; si el Almirante os abandona, si no os ama, tanto peor para él,

¡se priva de goces divinos! y esto es lo que hace deplorar su ceguedad.

—¡Y si yo le amo!—exclamó la Condesa.

—¡Extraño capricho! ¿Por qué, entonces, le engañasteis?

Palpitándole el corazón de una manera extraordinaria, y en un estado de ánimo imposible de describir, escuchó Jorge esa conversación en la que halló la clave del enigma de la extraña separación de sus padres.

—¡Por qué le engañé!—respondió con acento enérgico la Condesa.—¡Porque somos unas criaturas vanas y frívolas! Lo sabéis muy bien y en eso precisamente consiste vuestra ciencia.

—¡Por Dios, Condesa, calmaos!

—Os presentáis ante mí como un demonio tentador, porque no teníais una víctima á quien hacer caer, ni bailarinas ó figurantas á las que arrojar vuestro oro para entretener vuestra ociosidad maldita. Os maldigo por el daño que me causasteis y tiemblo más de una vez creyendo volverme loca ante ese marino, juez impenetrable, y mi hijo que debe sospechar la verdad, pues es indudable que bajo su cariño se oculta la duda; y en fin, ante mi pobre y desheredada hija á la que tengo que tratar como á una desconocida cuando todo en mí ser me impulsa á arrojarle en sus brazos diciéndola: ¡Soy tu madre! ¡Ven á mis brazos! ¡Qué vida, Dios mío! ¡Todo lo que me sucede os lo debo! ¡Cuánto daría por poderlo olvidar todo!

—De modo que no hay esperanza de que esa aversión desaparezca algún día...

—¡Jamás!—interrumpió la Condesa.—¡Y con frecuencia me pregunto qué marido ultrajado será el que nos venga á todos!

—El deseo no puede ser más caritativo ni v os más cruel.

—¡Menos que vos y de lo que merecéis!

—¿Sois, pues, inflexible?

La Condesa de Kerhoët no contestó.

—Hágase lo que queráis,—añadió el Duque,—pero ahora tengo por necesidad que hablaros de otra persona.

—Así es.

—¿No os dijo nada esta noche la Duquesa acerca de un casamiento?

—Sí, es cierto, esta noche me habló del asunto.

—Pues bien; vuestro hijo, que al principio estaba muy entusiasmado con esa unión, vacila hoy y parece que duda.

—Jorge es libre y no veo por qué razón he de obligarle á que contraiga ese matrimonio si no es de su agrado el hacerlo.

—Es que si no lo hiciese no sería hombre de buen gusto, porque Elena reúne todas las condiciones necesarias para agradarle.

—Pero...

—Es rubia, su cabello dorado como la mies...

—Y...

—Tiene su rubio ese matiz tan apreciado por los artistas, y sus ojos una dulzura excesiva... excesiva, sí, esa es precisamente la

palabra, y el óvalo perfecto de su rostro no deja nada que desear, siendo además una criatura seductora, casi tanto como vos, querida Condesa, y este es el mejor elogio que puede hacerse de ella.

—Pero, ¿á dónde queréis ir á parar?

—Posee también una inteligencia notable y un espíritu muy vivo siendo á la vez una gran señora y una verdadera parisién, y creo, por tanto, que habrá pocas como ella para honrar á un marido como perfecta señora de su casa.

—¡La conclusión!

—¡Qué prisa tenéis, Dios mio! No os apuréis tanto, Condesa. En cambio de todas esas ventajas, al presente su fortuna es muy escasa y su padre, un jugador incorregible, lo mismo que el marqués de Breynes y que yo, se trata de un vicio de familia, no la dejó más que deudas. En verdad que vuestra buena amiga de colegio es una mujer incomparable y que bendigo á la casualidad que hizo que la encontrase en vuestra casa, y os aseguro bajo palabra de honor que entiende más de negocios que cualquier Notario. De modo que fundándome en todo esto creo que Elena será su única heredera, y por mi parte podré dejar á mi sobrina un título bastante respetable, si el suyo no le basta; de modo que bajo todos los puntos de vista Elena es un buen partido.

—¿Quién lo duda?

—Pues es preciso que ese casamiento se lleve adelante.

—¿Y por qué?

—Porque así lo deseo.

—Pero...

—Es que no permito que se me hagan objeciones de ninguna clase; podéis colmarme de injurias dirigiéndome los más sangrientos reproches, no me rebelaré, y os prometo escucharos con calma, pero respecto á ese casamiento soy inflexible.

—Mi hijo, sin embargo, tiene...

—Para complaceros hará cuanto le mandéis. Tengo en mi favor las más poderosas razones para que ese casamiento se haga; primero porque la alianza entre las dos familias me agrada mucho, siendo inmensas sus ventajas, aparte de que contribuirá ó será la causa de que nos unamos más; soy hombre de mucha paciencia, y creo que con el tiempo conseguiré convencerlos de que no obráis bien.

—¡Nunca!

—¡Bah! Ya hablaremos. Mi sobrina está ciegameamente enamorada de vuestro hijo, y para decirlo de una vez y sin rodeos le ha dado pruebas mil de que es así. No quiere esto decir que haya yo recibido su confesión, mas no podéis por menos de concederme que soy una de esas personas á las que los ojos sirven para ver, y francamente, adiviné que entre ellos existían comprometedoras intimidades. Creo también que Jorge es un perfecto caballero, y que si contrajo algún compromiso no será hombre capaz de faltar á él olvidándolo.

— Es á él y no á mi á quien toca juzgar esa materia.

— Es que también soy yo Juez, ¡quiero que se celebre ese casamiento! ¡Lo quiero! ¿Lo oís? ¡Lo quiero!

Acercóse á la Duquesa, cogióla una mano, y con amenazadora insistencia repitió:

— ¡Lo quiero! ¿Lo has oído?

Al oír al Duque hizo Jorge un movimiento para arrojarse sobre él, pero contúvole el pensamiento de que su madre se avergonzaría en su presencia.

— Y si me niego á acceder á vuestros deseos, — contestó Valentina, — ¿de qué manera podréis obligarme á que os obedezca?

— No me apuro por tan poca cosa, porque soy hombre de recursos. Lo que puedo hacer es muy sencillo, sé en donde ocultas á esa niña á la que crees al abrigo de todas las pesquisas, y el Almirante va á volver de un momento á otro, de modo que una carta puede enterarle de todos los detalles de ese tenebroso asunto, y así sabrá en donde escondes á la hija de tus criminales amores. A él le toca lo demás.

Expresábase el Duque al decir esto con sardónica é insultante calma.

— ¿Y seriais capaz de hacerlo? — preguntó aterrada la Condesa.

— Sin pestañear.

— Sería una infamia más.

— ¿Qué me importa si el éxito es seguro?

— ¿Qué clase de hombre sois?

— Un hombre como hay muchos, que cuan-

do se proponen una cosa no cejan ante nada para conseguirla. Nadie sabe mejor que vos cuan frágil es la reputación de una mujer, y Jorge comprometió á mi sobrina, á mi heredera, á la niña que recogimos y educamos en mi casa, y devuelvo á la madre la injuria del hijo. ¡Esa es la pena del Talión!

Jorge de Kerhoët estuvo á punto de presentarse para decir al duque de Rouévres:

— ¡Es una infame cobardía amenazar á una mujer, á una madre, cuando se puede pedir cuenta de sus actos á un hombre!

Quiso, no obstante, saber más, y una curiosidad que le hacia sufrir atrozmente impedíale moverse de su sitio y deseaba averiguar donde se ocultaba á todas las miradas la hija del adulterio, esa criatura infeliz que había crecido rodeada del mayor misterio y que era inocente de toda culpa.

La Condesa, abrumada por su pesar é inclinada la cabeza no contestó en el primer momento.

Pasados unos segundos dominóse un tanto é intentó el último esfuerzo.

— Es indigno lo que estáis haciendo, — dijo, — y son vanas todas vuestras amenazas, ¡qué razón tuve al desconfiar siempre de vuestro carácter y guardar con celoso cuidado á esa desdichada criatura á la que yo sola era la única que podía amar!

— ¡Qué equivocada estáis! Bastará una sola palabra para que os convenzáis de lo contrario.

Creó Jorge que iba á enterarse de todo

mas sus deseos quedaron sin satisfacer, porque inclinándose el Duque hasta tocar casi al oído de la Condesa murmuró en voz muy baja unas cuantas palabras que no llegaron hasta su escondite.

Con trabajo ahogó la Condesa un grito de terror pronto á escaparse de sus labios.

—¡Oh! ¡Callaos!—exclamó.

—Sea, pero hablemos razonadamente, ¿es tan difícil hacer lo que os pido? No me obliguéis á recurrir á deplorables extremos, que no niego que lo son. Os mostré el peligro, pues era mi deber hacerlo, ¿no os toca á vos el evitarlo?

Inclinóse y besó la muñeca de Valentina con esa galantería que no abandonaba ni un solo momento.

—Dejadme,—dijo la Condesa poniéndose en pie,—sois el origen de la desgracia de toda mi vida.

—En cambio yo os debo la más agradable de la mía. Adiós.

Miróle la Condesa mientras se alejaba, y cuando el ruido de sus pasos se dejó de oír á lo lejos, marchóse á su vez desesperada, dirigiéndose con paso vacilante al castillo.

Jorge, fuera de sí, no abandonó su escondite hasta que tuvo la seguridad de que su madre se hallaba lejos. Dominábale sorda cólera que iba en aumento al ver que no podía hacer absolutamente nada ni sabía qué partido tomar, experimentando irresistibles deseos de venganza, y retrocediendo ante un escándalo del que la primera víctima se-

ría su padre. ¡Ah! ¡Cuán injusto había sido con éste! ¡Cuántas y cuantas veces y en secreto había acusado á ese padre, al que juzgaba con severidad, al ver que jamás sonreía ni abandonaba la mirada su ordinaria dureza! ¡En cuántas ocasiones había sentido en el fondo de su alma fermentar un sentimiento de cólera, al pensar en el aislamiento de su madre, al sorprender en medio de las amorosas caricias que le prodigaba ardientes lágrimas!

Quedóse Jorge inmóvil, con la mirada fija, vacilando entre el deseo de hacer tragar al Duque las amenazas que profiriera, y el temor de perder á su madre, y al mismo tiempo el deseo de no remover ese fango que le causaba náuseas y repulsión, hasta que al fin cedió á los impulsos de su indignación y echó á correr tras el Duque.

Hacia mucho rato que había dejado de oír el ruido de los pasos de éste, pero Jorge creyó que no podía equivocarse acerca del camino seguido por aquel, que debía llegar á la carretera por una senda que desembocaba en ella por las inmediaciones de la casa del pescadero Godin. Para atajar atravesó Jorge por las verdes praderas y bosquecillos, sobre las que la frescura de la noche extendía á manera de una plateada gasa, tal parecía la ligera bruma.

Al llegar al extremo del parque, cerca del sitio en que estaba situada la casa de Godin, y en el ángulo formado por un bosque de castaños, presentóse una sombra ante él

y se cruzó en su camino. Detúvose Jorge porque no era el Duque la persona que se hallaba en su presencia.

¿Quién era la persona que vagaba á una hora tan avanzada por el parque de Morville?

## XV

A la misma hora en que el duque de Rouévres y su primo el marqués de Breynes apeábanse del tren de París en la estación de Trouville hacíalo otro viajero procedente del mismo punto.

Vestía una americana de tela negra muy flexible; pantalón y chaleco de la misma clase y cubría su cabeza un sombrero de paja negra, de ala recta é igual forma que los que suelen usar los aficionados á regatas. Adornaba el ojal de la americana una microscópica roseta de la Legión de Honor, y era muy fácil reconocer en él á un Oficial de marina, lo mismo en sus cortas patillas grises, que en su aspecto y en un no sé qué sencillo y marcial que les distingue y denuncia. Su rostro, á pesar del tinte gris de su cabello y barba, era el de un hombre aún joven.

Al ver al Duque de Rouévres volvióse

con mucha viveza como temiendo que le reconociese, haciendo al mismo tiempo una señal al criado que le seguía, y éste se aproximó.

El criado vestía poco más ó menos lo mismo que su amo, y su rostro enérgico era más propio de un gabiero que de un atildado ayuda de cámara. No tenía al parecer arriba de cuarenta años; su cabello era rudo, enmarañado y crespo, la mirada viva é inteligente, bronceado el rostro, tenía cuadrados los hombros y sólidas y fuertes las piernas.

Dióle su amo algunas órdenes que comprendió en seguida, y saludando militarmente llevándose la mano al borde del sombrero, desapareció entre la gente, llevando bajo el brazo un saquito de noche de cha-grén por todo equipaje.

Esperó á que se marchasen los que al parecer le estorbaban, y desaparecieron tras el recodo de la carretera de Pont-l'Évêque, y entonces salió de la estación y siguió el mismo camino que ellos, dirigiéndose sin apresurarse hacia el camino de Touque, á donde llegó al mismo tiempo que el reloj de la iglesia daba las siete.

Al sonar la última campanada abrió la empalizada que separaba el jardín del doctor Montel del camino.

El Médico, muy pálido y abatido, hallábase sentado en un banco arrimado á la pared, esperando llegase la hora de la comida, y al ver entrar la inesperada visita le-